

*Cuchicheos, silvidos, voces á medio tono de « Pedante, Pedante ». Los sentimientos altruistas se llaman á engaño, y al tocarse las orejas, notan que les han crecido una cuarta; el Amor y la Vanidad se arrojan simultáneamente á la tribuna; se reconocen, se sonríen amistosamente, se dedican un saludo, que implica mutua inteligencia, y, al fin, el Amor, deferiendo al sexo, cede puesto y palabra á la Vanidad.*

*La Vanidad, metida en una enorme crinolina, henchida de hidrógeno carbonado, sulfurado y amoniacal, que huele á gloria, á pesar de las esencias del Serrallo de que están impregnados los vestidos exteriores, exclama:*

Señores: Mucho me apenan las inconvenientes irreverencias en que, ante el ilustre Colegio, ha incurrido mi robusto esposo. Si supierais la vida que me da. Yo, tan amante de lucir la palabra, el garbo y la cultura, ¡ verme obligada á convivir con un ente tan grosero! Nos creen similares, y, sin embargo, ¡ qué diferencia de carácter! *Orgullo* siempre creciéndose, siempre subiéndose, siempre estirándose; yo, tan aficionada á las superficies y á las latitudes. Yo me ensancho, él se alarga; él es mudo, seco, regañón y malcarado; yo afable, dulce, cariñosa y movediza; él fuma, yo chupo caramelos; él bebe coñac, yo bebo horchata; él viste gabán negro y altos cuellos, á mí me gustan la seda, los colorines, y, sobre todo, las vistosas pedrerías; él se pone la mano en el pecho, como Napoleón I, yo me pongo en jarras, como las manolas; él pisa recio con los tacones, yo ando contoneándome, sin apenas hollar la tierra; á él no le gusta el trato, yo soy aficionadísima á la sociedad, quiero que me alaben, quiero oír mis propias alabanzas, y si nadie me aplaude, cuido yo de mis elogios; en fin (el lo ha dicho), él es toda fibra, todo sangre, yo soy vapor, nervios é histérico.

Señores: con este contraste de caracteres, nuestra vida conyugal es un infierno... y todos comprenderéis que la culpa no es mía, sino de la mala casta de mi marido... Esto digo y no prosigo, porque no me gusta murmurar.

*Orgullo pide la palabra para rectificar.* — Señores: mi ampulosa esposa, la *Vanidad*, os ha dicho lo que es... ¿ Por qué no la habéis aplaudido? ¿ No os gusta? ¿ Qué náuseas son esas? ¿ La encontráis fastidiosa, emética, intolerable? Pues bien... se vende.

*Una voz.* — ¿ Por cuánto se dá?

*Orgullo.* — Por nada;... por lo que es.

*Voces.* — ¡ Bravo! ¡ bravo!

*Vanidad cae en deliquio en los brazos del Amor; éste la socorre soplandole á las orejas, y exclama:* — De hoy más, esta señora es mi inseparable compañera;... quien osare ofenderla, será atravesado por mis dardos... Ahora voy á hacer uso del turno parlamentario que tengo solicitado. Oídme.

AMOR SE EXPRESA COMO UN FILÓSOFO, SE APODERA DE LA ASAMBLEA  
Y HACE UN VERSO

*Amor.* — Vive Dios, señores, que aquí no sobra urbanidad: se atropella á los débiles; se denuesta, se silba y se desprecia al que no se teme; ni tan siquiera se respeta el decoro de las damas; no parece sino que se haya perdido la noción del buen gusto y de la cortesía.

Y no lo digo para defender á mi bella amiga *Vanidad*, de cuyos hechizos todos anhelaís disfrutar, incluso vos, el insoluble *Orgullo*;... pero quiero que se entienda y no se olvide, que yo soy el gran nivelador de todas las preeminencias; y sí, por mí, más de una princesa se ha bajado hasta los borceguíes de su paje, y más de un príncipe ha llegado á compartir el solio con la hija de un pechero, estad persuadidos de que, si me amosco, soy capaz de abrazaros en mis divinos rayos y dejaros á todos los miembros de este Congreso derretidos y fundidos en un sólo cuerpo, con una sola voluntad.

*Todos.* — ¡ Bravo ! ¡ bravo !

*Pausa:* el Amor busca el pañuelo para enjugarse el sudor y las narices; mas, como va en cueros, nota que no tiene bolsillos, por lo que se quita la venda con que, al parecer, llevaba tapados los ojos y con este lienzo satisface sus necesidades, y prosigue: — Porque, señores, yo soy el principio de la existencia y la causa de las esencias. ¿ Qué sería sin mí la naturaleza? Los átomos se buscan, se atraen, se combinan, por amor;... yo soy la *afinidad*. Los sólidos se disuelven en los líquidos; los cuerpos blandos se adhieren y forman masas coherentes y hasta homogéneas;... yo soy la *cohesión*. Los graves, en el espacio, corren presurosos al centro de la tierra...; yo soy la *gravedad*. La nieve de alta cumbre se derrite; estrepitosas cascadas y caudalosos torrentes corren, silenciosos ó murmuradores, al álveo del río, y los ríos al mar; yo, el Amor, congrego las aguas en los mares. Por mí las olas, lamen cariñosas las arenistas playas y cubren con manto de blanquísima espuma las peñas del litoral. El sol emite rayos de su luminosa esencia á todos los planetas; este ardor es la vida... es el vínculo del *amor inter-planetario*. El sauce inclina al suelo sus luctuosas ramas; la pasionaria yergue sus tiernos y enroscados tallos provistos de elásticos zarcillos, y entre el árbol y la trepadora se establece un círculo de verdura: es el *amor de los tallos*. La palmera medra solitaria en la huerta; estira su tallo, sin albura, hasta rebasar el muro; el viento, en sus rizadas olas, transporta el polvillo de las anteras hasta el estigma de la palmera hembra, que á lo lejos crece, esperando el fecundante ósculo; oblongo y rollizo datil, de sacarino pericarpio, es el fruto del *amor en las manoicas flores*. En receptáculo de vistosos pétalos y guarnecido de sépalos simétricos, se levantan cinco estambres, que forman círculo alrededor de un lánguido pistilo; el ovario se hincha, se colorea, madura y constituye un tormentoso melocotón... perfumado fruto del *amor de las flores doicas*.

Llega Primavera en su carro de oro y grana: las aves ostentan ropajes de deslumbrantes colores y pueblan el aire de dulcísimas melodías; con sus delicados picos, tejen tallos y hojas de gramíneas y con el más fino plumón de su abdomen, construyen linda cuna ó perfecta hamaca, que guarece á la aun no volátil prole; abren los polluelos sus ojos á la luz y su pico al pico de sus progenitores;... es el amor, el festivo amor de los pajaritos. La liebre, el conejo, el ciervo, la cabra montés, el gamo, la zorra, el lobo, el tigre y hasta el rey de las selvas, culto rinden al amor en esta época del año; los perros, imitadores de su dueño, se adoran casi cada día y con menos recato;... por mí enloquecen en Enero los *felices* concurrentes nocturnos de las azoteas... Y, por debajo de los tejados;... dígalos *El Diablo Cojuelo*, ¡ qué cosas hacen los humanos de día y de noche, en invierno y en verano, en primavera y en otoño, agitados por el santo hervidero del Amor! Yo, el

*Amor*, soy el vínculo de las especies ; yo, el *Amor*, soy la causa formal de la humanidad. La mujer es débil ;... pero, porque es amorosa, es invencible ; el hombre es fuerte ;... pero porque es amoroso, es héroe en la batalla, asiduo en el trabajo, vivo por el ingenio, enérgico en el querer, ardiente en el desear y exquisito en el sentir. Yo vinculo los sexos ; soy el mástic de la familia ; yo formo los Municipios ; yo creo las Provincias, las Regiones, los Estados y las Naciones ; yo enlazo y mezclo las castas, abolo los privilegios y levanto por doquiera la sagrada enseña de la *Igualdad* entre los mortales. Yo soy virtud, y fuente de todas las virtudes ; yo alumbró á las criaturas con luz divina ; por mí el hombre comete el *pecado* ;... pero,

Pecado, no ; dadle otro nombre ;...  
Esto es la vida, es la luz ;...  
El mismo Dios, no os asombre,  
Murió por amor al hombre,  
Enclavado en una cruz.

HE DICHO.

*Profunda sensación. Se reconoce que el orador ha despertado afectos que estaban latentes entre los miembros del Congreso, quienes, en apasionados transportes, se abrazan y se dan un beso tan sonoro, que hacen temblar sobre sus cimientos la bóveda de cuatro pilares. Sólo se observan dos disidentes entre la concurrencia : ambos son desmirriados y están pálidos : el uno es macho y policéfalo, los Celos ; la otra es su indispensable compañera la Envidia. Ambos piden la palabra y se apuestan á subir simultáneamente á la tribuna.*

LOS CELOS. — UNA TRAGEDIA AMOROSA

LOS CELOS. — *Aparece en la tribuna esta pasión multicéfala, con tres docenas de ojos en cada cabeza : en cada ojo se ve ostensiblemente una espesa telaraña, que impide el paso á los rayos luminosos de la realidad. Al ver este orador monstruoso, la concurrencia, prorrumpie en una carcajada de burla. El interesado está ya á punto de volverse á su asiento, en vista de tanta hilaridad ; mas luego á las voces de « ¡ qué hable ! ; qué hable ! » que salen de los bancos de la derecha, se reanima un poco, y con voz desfallecida, al principio, y más enérgica luego, dice :*

— Señores : A nadie se le juzga sin haberle oído. Tenéisme por necio, y soy, quizás, más listo que muchos de los que pasáis plaza de sabios ; me consideráis un topo, y, sin que sea alabarme, os puedo asegurar que soy un lince. *Los que mucho veis, no veis más que lo que hay ; yo, quizás no vea lo que hay, pero veo siempre lo que no hay.*

Me apuntáis los cuernos ; vaya una mueca fea que hacéis con los dedos ! Pues, precisamentes mentáis la sogá en casa del ahorcado !... Los cuernos son mi *temor* y sempiterno *tema*. No conozco sér más feliz que el *Uni-cornio*, pues éste es el único animal que puede estar seguro de que no tiene que aguantar más que uno de estos engorrosos apéndices ;... los demás, y en especial los individuos de la especie humana... veamos : quien más quien menos, como decía un chusco, en pleno carnaval.

¡ Infelices los que no receláis del mundo y sus acechanzas ! ¡ Desdichados los que confiáis en el amor y no consideráis que la hermosura es un tesoro muy codiciado ! Vivid, vivid, holgad en la confianza y probaréis la hiel de los desengaños. ¿ Dudáis de mi juicio?... ¿ Creéis que mis temores son sin fundamento?... Pues oid una historia sangrienta, en que yo desempeñé el papel de protagonista.

Era el visir Abdel-Pachá buen creyente, valeroso y predilecto del Sultán del Profeta. Vencedor en cien batallas, y tan rico, que su caballo llevaba herraduras de oro y en cada clavo un brillante de más de tres gramos de peso. La joven Zelima era circasiana, tenía trenzas de coral, cutis de cielo, ojos de marfil y dientes de azabache.

*Una voz.* — ¡ Qué belleza más singular !

*Los Celos.* — Pido que no se me interrumpa, aun cuando diga algunos disparates... Confieso que cuando hablo en público, suelo hacer mala letra;... ya lo apuntaremos en la *fe de erratas*. Pues, como iba diciendo, Abdel y Zelima, jóvenes y hermosos y además él riquísimo, se vieron y se amaron; pronto el ardor de sus amores llegó á los más altos grados del *piezómetro*; sus corazones se pusieron incandescentes. Abdel, no obstante, como buen moro, era de carácter sombrío: cuando hablaba en el Consejo, ante el Gran Señor, lo hacía en tono sentencioso y breve; su oración era siempre bien atendida. Zelima, al contrario, era más alegre que unas pascuas. Al punto fué la reina del harém; tocaba la pandereta con más garbo que una gitana; las mariposas envidiaban la ligereza de sus movimientos y los capullos del jardín se abrían para recibir el perfume de sus labios. Otras beldades orientales del serrallo se marchitaron y volviéronse cloróticas de envidia y de fundadísimos celos. Abdel sólo tenía amores para Zelima.

Cierto día, al saltar la joven circasiana un cristalino arroyo que dividía en dos partes el jardín, tuvo la desdicha de dislocarse un pie. A los gritos del dolor, acude el jefe de los eunucos. Zelima está en el suelo; su hermoso cuerpo yace desmayado en el verde césped. *El Zaquir* (así se llamaba el jefe de los eunucos) toma entre sus manos el diminuto pie de Zelima y practica un hábil amasaje, y con el agua del arroyo, hace abundantes abluciones. La joven exhala un profundo suspiro y abre sus hermosos ojos, que como dos rayos fulgurados del seno del sol, inflaman el rescoldo de virilidad que se oculta en los más recóndidos repliegues del corazón del eunuco. La pasión le enloquece, y, ciego de amor, imprime un beso de fuego en el empeine de aquel pie, tan desgraciadamente torcido, como hábilmente sobado y refrescado.

Las paredes del Serrallo tienen tantos ojos como junturas los sillares de que están formados. Ni las odaliscas ni los eunucos pierden un ápice de esta interesante escena de dolor y de amor. Dos horas más tarde, el visir entraba en el harém, y un minuto después ya sabía, no punto por punto, sino con las exageraciones del odio, cuanto había pasado en el jardín.

Aquella noche (pues era al caer la tarde cuando Abdel venía al harém) pasóla Zelima deshecha en llanto. Testimonio del impuro beso de *El Zaquir* lo era una mancha de escarlata en el dorso del pie de la bella. Mas, Zelima, no tanto lloraba de dolor, como de pena. Su adorado Abdel había hallado tibios los labios de la joven. De todo daba razón la mancha roja del empeine: formaba dos líneas paralelas: eran la huella de los labios de *El Zaquir*,

El visir estaba, no sombrío, sino negro de humor: si hubiérais podido verle el corazón, os hubiera parecido la bolsa tintórea de una jibia. No le cabía la menor duda de que el euniquismo de *El Zaquir*, á pesar de las apariencias, era incompleto... Y, como en idéntico caso podrían encontrarse los demás eunucos no graduados del harém, al rayar el alba del próximo día, Abdel, con su propio alfanje, de un solo y magnífico golpe, cercenaba ocho cabezas de otros tantos servidores, quizá demasiado *íntegros* del Serrallo. La mancha del exiguo pie de Zelima fué instantáneamente purificada con una áscua de carbón de encina. Sobrevinieron los efectos de una profunda y gangrenosa quemadura; una extensa úlcera se formó en el pie y no tardó en extenderse á la robusta pantorrilla de la niña. De tales resultas, Zelima cojea aún hoy día. No importa: cuanto más coja, más amada. Abdel prodiga sus ternezas: la festeja, la regala y á él debe una muleta de oro incrustada de esmeraldas y topacios; la contera es un diamante vaciado.

A pesar de todo, Zelima está triste; hasta el pergamino de su pandereta se ha puesto flácido, marchito y ha perdido su resonancia; las cintas están deshilachadas: parecen planchuelas sucias. Abdel no acierta á explicarse tan honda pena. Ha consultado á los Ulemas, y le han contestado unánimes «*Ajala-ja*», esto es: «Dios es Dios y el Mahoma su Profeta...» lo cual, le deja en Babia.

Abdel apura la paciencia de su amada á fuerza de interrogatorios; Zelima, transida de dolor y de despecho, exclama: «no os amo, os detesto». — «¿Para quién es, pues, tu amor, estrella de mi cielo?» — «Mi amor, mi amor, pertenece á esta imagen». — Era un cuadro de Apolo, decentemente vestido, adorno del cuarto de Zelima, de asombroso parecido con el difunto jefe de los eunucos. — «Ese habría sido mi único y verdadero amor, si no le hubieses mutilado».

Abdel desenvaina la daga; penetra con ella en el seno de Zelima; ¡la sangre inunda la estancia!... Pocos momentos después, el arma enrojecida segaba la garganta de su propietario.

*Varias voces.* — ¡Horror! ¡terror! ¡furor!

*Otra de timbre chillón.* — ¡Basta de Matemáticas!

*La Envidia.* — Yo tengo derecho á usar de la palabra.

*Todos.* — Que hable y se calle pronto.

#### LA ENVIDIA DESCARGA UNA FILÍPICA

*La ENVIDIA sube á la tribuna académica y todos admiran la flacura de sus carnes, la palidez de sus labios y los profundos é innumerables surcos de su cara: es una vieja desjugada, más mala que la criada de Caifás, que enseña el esqueleto á través de las arrugadas piltrafas de sus tegumentos. Se conoce que no come ó que hace malas digestiones; pero en el modo de mirar, se adivina que lo que le sobra es ganas de comer. Todos los miembros del Congreso apartan la vista de este despreciable personaje y al unísono exclaman: ¡Tísica! ¡Tísica!*

*La Envidia.* — Los tísicos seréis vosotros. ¡Vaya un modo de señalar! Si queréis usar del derecho de saber quien soy y lo que soy, ¿por qué antes de que abra la boca me calificáis de semi-difunta? Esto es cuando menos una ligereza, y puesto que tanto os perjudica la poca gracia de mis gracias, voy á castigaros mostrándoos mi triste anatomía.

Cabeza tengo, pero de zorra: largo el hocico, husmeo el mérito, más le temo en todo cuanto es ajeno á mí individuo. Me irrita el que alguien sea algo; precisamente porque contemplo y estoy plenamente convencida de mi nulidad. Detesto la virtud, porque pone en relieve mi innata maldad. Yo inspiré el primer homicidio; pero la sangre de Abel fecundó la tierra y aún me atormentan sus frutos. Caín hizo mal en derramarla; debiera habérsela bebido.

Puesto que hablo, tengo boca: pero ¡que boca! Mi lengua es larga, angosta y puntiaguda. Lamo y pico; no le envidio el áspid al dardo córneo. No soy absolutamente desdentada, pues poseo un colmillo en la mandíbula inferior; en esto me distingo de la víbora, que lo tiene en la mandíbula superior. Pero este mi diente, mi precioso diente, se esconde y pone erecto según me conviene. Por una canalita central que le atraviesa, vierto en la herida que al prójimo infiero un zumo más irritante que el de la ortiga y más venenoso que el ácido prúsico. Tengo en mi boca inagotable depósito de esta ponzoña.

Angosto y flaco es mi pecho; no oiréis mi respiración, pues apenas dilato los pulmones; pero mi hálito envenena á gran distancia. No sé si puede llamarse corazón una gran vejiga repleta de amarguísimo humor, que llevo en el centro del pecho; no late sino de pena y de angustia que le causa el bien ajeno. Mi sangre no es caliente ni roja; por lo que está fría y quema, debe ser legía.

Tal es mi organismo, y aun os dispense de las garras, y de las culebras, que constituyen mi cabellera. Muchos me creen madre de los *Celos* y se equivocan; no tenemos vínculos de consanguinidad, sino de cobardía; ellos son débiles é inocentes, aun cuando á veces muy feroces; yo soy tenaz, intencionada y amante de cebarme en las víctimas. Los *Celos* temen perder el bien que ya poseen y les pertenece; yo no quiero el bien para mí, pero quiero el mal para los demás. Si soy tuerta, es porque me dejé quitar un ojo, á trueque de que otro quedase ciego. Soy hermana de la *Emulación*, pero nunca hemos podido vivir juntas, ni avenirnos, á causa de que ésta siempre me está machacando con sus títulos de nobleza y exhortándome á no desear el bien que otros alcanzan, sino á fuerza de trabajo y de asiduidad. ¿Qué me importa á mí la felicidad propia? Lo que yo anhelo y quiero es la desgracia de los demás; quiero que pierdan el bien que poseen, y esto aun cuando á mí no me haya de tocar la más diminuta partícula.

Ea, señores, soy soltera... ¿no hay alguno que aspire á esta blanca mano?

*Una voz.* — Señor Presidente: si continúa entre nosotros ese monstruo de iniquidad, declaro que estamos dispuestos á abandonar el salón.

La *Envidia*. — Cállese el muy hipócrita; ¿quién puede decir que se halle libre de mis dominios? Todos, todos, lo digo bien alto, incluso el señor Presidente, todos tenéis envidia. Hasta me *envidiáis* á mí, que poseo tan raras prendas. Lo que hacéis es ocultar vuestros sentimientos y darles nombres que no merecen. Sois tan dueños de no sentir los alfilerazos que yo clavo en vuestro pecho, como de hacer cesar los latidos de vuestro corazón. ¿Me explico? El que se halle exento de culpa, que eche la primera piedra. ¡Aquí, valientes!... Si la envidia fuese visible «si la envidia se volviera tiña, ¡cuántos tiñosos no habría!»

*Todos los miembros del Congreso, incluso el ilustre Presidente, bajan la cabeza y rezan el « MEA CULPA ».*

ENTRA EN EL CONGRESO UNA DISTINGUIDA DIPUTACIÓN, DE CEREBRÓPOLIS  
QUE COMETE ALGUNAS IRREGULARIDADES

*Mientras reina religiosísimo silencio, por estar todos los miembros del Congreso ocupados en rezar, soto voce, el Confiteor, de súbito se oye fuerte trepidación del lado del acueducto de Sylvio, y poco después una densa humareda anuncia la entrada de un tren expreso por la puerta de Monró, conduciendo una distinguida Diputación de Cerebrópolis, que, aunque tarde (pues en la laboriosa urbe no se pueden perder jornales), viene al Congreso, con el objeto de tomar parte en las discusiones. Los concurrentes salen bruscamente de su contrición y quedan aterrorizados por tanto ruido, humo y movimiento. Sólo Fosforita y el ilustre Presidente conservan la serenidad. Aquella se adelanta para hacer los honores de la recepción á los Delegados, y dice:*

— Señores: en nombre de los miembros y del ilustre Presidente del Congreso, os doy la bienvenida. Sois la dignísima representación de la industria y del comercio de la noble y riquísima colonia cerebelosa; sois el poder ejecutivo del pensamiento y de la voluntad; sois, en fin, el gran refuerzo de la sensibilidad, ¿quién podría disputaros el derecho de sentaros en los escaños de este ventrículo, en donde todas las potencias y dignidades del Cerebrópolis nos hallamos científicamente congregadas? Entrad, pues, y estad seguros de que todos tendremos el mayor placer en oír vuestros eruditísimos discursos. Exhibid, si os place (y esto es mera formalidad) vuestras credenciales.

*Los recién-llegados desarrollan sus respectivos pergaminos; Fosforita los va revisando, y dice:*

— Librado en Puente Varolio, y firmado por el Director general de Comunicaciones... perfectamente. Tengo el honor de presentaros al inclico *Turbulentus Rotatorius*, Administrador general de los seis pedúnculos. Adelantaos también vos, *Oliverio Romboidales*, poderoso señor de los grandes lóbulos; vuestro nombramiento está en regla. *Scriptorius Calaminus*, el gran acústico del ventrículo cuarto, usad también de vuestro derecho. El señor, es el ilustre *Vermicularis*, que vive en el seno del árbol de la vida del lóbulo medio y se baña los pies en las tibias y cristalinas aguas del ventrículo. Apretad esta mano, activo *Valvularius*. ¿Cómo está Vieussens? Adelante, *Olivarius Bulbaris*, ¿cómo se portan los *Faciales* y los *Hipoglosos*? *Sans facon*, Gran Cruzado de las pirámides: contadnos los misterios de los *Glosofaringeos*, *Pneumogástricos* y *Espinales*. Mas, ¿qué hago? no acabaría de revisar credenciales ni de presentar *eminencias*... incluso vosotros los hermanos *Cuadrigéminos*. Sentaos, dignísimos emisarios de la Gran *Cerebrópolis*; todos y todas os escuchamos con un palmo de orejas.

*Turbulentus*. — Señores: la lealtad de mis sentimientos me obliga á manifestar que aquí veníamos en son de guerra, para declararos la ídem, en nombre del alto Consejo de la República federal de Cerebelópolis y de su actual Presidente el ciudadano *Higinio Viandante*, alpargatero y gran exterminador de callos. La suavidad de los discursos de *Fosforita* y sus irresistibles hechizos, han desarmado nuestros belicosos propósitos y, yo, que soy el más pecador de los Diputados, ya me siento inclinado á la paz y al amor.

*Turbulentus toca la barbilla de Fosforita ; ésta se deja querer; pero viendo que el Representante se permite descender algo más, exclama :*

— Ea, amigo, no seáis tan fogoso. Os tomara por uno de vuestros vecinos *Eros ó Priago*. Las vírgenes de aquí lo somos de verdad ; y así hacedme el favor de tener más respeto á mis limones. De aquí á bajo (señalando al cuello) ninguno ; ni de aquí arriba (señalando la pantorrilla, que por cierto es muy rolliza) ni una pulga.

*Turbulentus.* — *Non bis in idem*, lindísima introductora. Mis manos callosas no profanarán jamás tus virginales contornos ni atentarán á tus preciosísimas grasas. Somos de allá en donde todo nos es permitido, y esta es la causa de que á veces nos tomemos franquezas que están reñidas con la buena educación. Vivimos en la patria de los *peligros del amor, del libertinaje y de la crápula*, y al menor estímulo (el tuyo es superlativo) nos sentimos seducidos. Con que, señores, perdonad y principio mi discurso.

SE ARMA LA GORDA. — GRAN BATALLA ENTRE CEREBRALES Y CEREBELOSOS.  
EL CRÁNEO ESTALLA COMO UNA GRANADA... Y AQUÍ FUÉ TROYA

*Turbulentus.* — *Se arremanga la encarnada casaca y muestra nervudos antebrazos ; se afloja la blanca corbata, se desabrocha el colete y pone de manifiesto un cuello de toro y un pecho poblado de maleza.*

— ¡ Ah, ¡ ah ! (exclama), así estoy bien ; me hallo á mis anchas. ¡ Viva la libertad ! *Silva general.*

*Una voz.* — ¡ Qué bruto !

*Turbulentus.* — Silbad, lechuzas, silbad... no por esto dejaré de usar de mi derecho... Ya se me había pasado algo la murria con los mimos de *Fosforita* ; pero ahora vuestra insolencia y desentono me devuelven á mi dignidad, y daré cima á mi formalísima comisióu, mal que os pese.

Cúmpleme en nombre del Gobierno de la República del *Cerebelópolis*, exponer numerosas cuanto fundadas quejas por violación de los tratados de comercio y relaciones inter-municipales entre la Metrópoli y nuestros suburbios. Aquí, según lo visto, nadie se preocupa sino de *esperitualizar* lo material ; todo son huelgas, jolgorios, fantasías y alambicamientos del pensamiento ; nadie piensa en los grandes dispendios de fuerza que nos obligan á sufragar á los desventurados moradores de *Cerebelópolis*. (Sube una impresión por los cuernos de la *Médula* ; llega á la *Protuberancia*... y allá va al punto un pedido de refuerzos al *Cerebelo*, para que aquélla llegue con suficiente intensidad al tálamo. No se dirá, á fe, que alguna vez hayamos escatimado nuestro sufragio).

Si aquí mismo se trata de elaborar un pensamiento completo, de hacer lo que vosotros llamáis una gran obra intelectual, un *raciocinio*, en seguida contribución de fuerza á *Cerebelópolis*... paga 25 calorías por cada idea simple y envíasalas al contado en calórico sonante y vibrante, por los *Pedúnculos*. Estos son los impuestos, los onerosos impuestos, con que nos agobian los que entran y los que aquí moran. Pues ahí es nada lo que nos exigen los que salen en dirección á los aparatos de expresión, locomoción y reproducción. Este tributo sí que nos cuesta un ojo de la cara. Nace una idea, fluctúa en su celdilla, emprende camino hacia los cuerpos estriados, se metamorfosea

en impulso locomotor... anda, *Cerebelo*, dispón los registros telegráficos y échala fuera, tan concertada, armónica y poderosa, cual si fuese de nuestra misma familia. ¿Trátase por ventura de trasladar el cuerpo de un sitio á otro, mediante una sucesión de pasos que se llama *marcha*? Pues ¡friolera! *Cerebelo*, ahí va orden de emprender el trabajo y molestar á la *Médula*, para que deje pasar corrientes por los alambres antero-laterales, en dirección á los músculos de las nalgas, muslos, piernas y pies. Y siempre aguanta *Cerebelo*: paséanos, que nosotros y nosotras disfrutaremos de alegres vistas, gozaremos de plácida conversación con un buen amigo, oiremos melodiosos sonidos, y nos solazaremos en el civilizador perfume un buen veguero. Toda la fatiga y todo el gasto para el *Cerebelo*; todos los placeres, todas las riquezas y todos los honores son para el *Cerebro*. Por vuestros antojos, sufrimos la más dura de las esclavitudes.

No ignoramos que en vuestra pedantería, vosotros de común acuerdo con algunos fisiólogos *pincha-cránèos*, os habéis permitido curiosear y criticar lo que somos y lo que hacemos en *Cerebelópolis*: nosotros nos reimos á rebienta-diafragma de vuestras sandeces. Ahí está el bueno de Scemmering, que cree que la *Protuberancia* es el *Nudo del encéfalo*; otro le llama *Encrucijada*; otro *Tela de araña* formada por las redes telegráficas que van de uno á otro de los grandes lóbulos del *Cerebelo*, y desde el *Bulbo* al *Cerebro*. ¡Torpes! no habéis sabido ni tan siquiera conocer la autonomía de la *Protuberancia*: pequeño, pero rico cantón, cuyas autoridades residen en las agrisadas celdillas construidas encima del gran *Puente de Varolio*. Autónoma es la *Protuberancia*; pero vinculada, íntimamente vinculada, con pacto sinalagmático, con el alto Gobierno federal, que reside en *Cerebelo*. Y los *Pedúnculos* ¿qué pensáis que son los *Pedúnculos*? ¿Simples vías de comunicación entre una y otra mitad de la urbe cerebelosa, entre el *Cerebelo* y el *Cerebro* y entre el *Cerebelo* y el *Bulbo*?... ¡*Burricatio, crasa burricatio!* No, señores, no; los *Pedúnculos* también tienen su independencia; también gozan de autonomía y de gobierno municipal, que reside en los departamentos grises.

Pero nunca habéis desbarrado tanto como cuando os habéis ocupado de las funciones del *Cerebelo*: sólo porque así se les ocurrió á Gall y Spurzehim, habéis dicho que en él están las oficinas del amor concupiscente; le habéis atribuido la presidencia del sentido muscular; le habéis supuesto encargado de la inmediata dirección del movimiento voluntario á las órdenes de los *Cuerpos estriados*; habéis dicho que tiene el encargo de *espiritualizar* la impresión sensorial y de *materializar* las voliciones; le habéis señalado como residencia de los instintos; habéis supuesto que, con función de uno sólo de los *Pedúnculos cerebelosos medios*, producimos movimientos de rotación á derecha ó á izquierda, y por simultánea acción de ambos movimientos de avance; habéis, en fin, sostenido que todo cuanto va y todo cuanto viene del *Cerebro* se amplifica y refuerza en *Cerebelópolis*, como los sonidos en la barriga del violón. ¡Buen violón le diera yo al señor de Pointcaré, obligándole á participar de la ruda *besogne* que arrostramos los trabajadores de la República!

Pero, señores, esto no puede continuar así. ¿Qué motivos ni qué prerogativas tenéis los de arriba, para á los de abajo tratarnos como vencidos y esclavos, echándonos, por aditamento, vuestra basura por el acueducto de Sylvio, ensuciando nuestro único, pero elegante y confortable ventriculo, cual si fuese un albañal?

Digo que esto no debe ni puede continuar, y no continuará, pues ya hemos llegado á los últimos límites de la paciencia, y así, en nombre del alto Gobierno de la República, vengo á proponeros los siguientes pactos :

1.º Independencia absoluta y completa autonomía de *Cerebelópolis*.

2.º Pacto de comercio, mediante indemnización que *Cerebrópolis* pagará á *Cerebelópolis*, de tres millones de calorías anuales, satisfechas á la vista, por derechos de tránsito, peaje y oficinas de movimiento, y

3.º Libertad de sentir, pensar y querer, á lo menos en todo lo que se refiera á Metafísica ó Teología (pues á estos productos renunciamos por ser poco nutritivos). Tenemos células, substancia gris, neuroglia, tubos nerviosos, substancia blanca, vasos y hasta una tienda y una hoz, y queremos ejercer libremente nuestra industria ; no queremos que continúe el monopolio de la sensibilidad, de la inteligencia y de la voluntad que aquí se ejerce. — ¡ Viva *Cerebelópolis* libre y pensadora !

*Los delegados*. — ¡ Viva !

*Los de Cerebrópolis*. — ¡ Fuera, fuera !

*Una voz*. — ¡ Contrabandistas !

*Turbulentus*. — ¿ Quién ha dicho *contrabandistas* !

*El Valor*. — Yo.

*Turbulentus*. — ¡ Qué se escriba esta palabra !

*El Valor*. — ¡ Qué se esculpa ó que se grave ! *Contrabandistas*, he dicho, y sostengo lo que sois. ¿ Quién, sino vosotros, la plebe cerebelosa, fabrica sensaciones, ideas y deseos de mala ley, y los introduce aquí, en nuestra noble ciudad, mientras dura el sueño ? No sólo sois *contrabandistas*, si que también *monederos falsos*, canalla sin educación ni respeto.

*Turbulentus*. — Mentís, mil veces, mentís. La moneda falsa nos viene de vosotros ; los *contrabandistas* y *monederos falsos* sois, pues, los de *Cerebrópolis*. Acabemos : ¿ aceptáis ó no nuestros pactos ?

*Todos los de Cerebrópolis*. — ¡ No, no !

*Turbulentus*. — Vamos á tapiar el acueducto, y os dejaremos asfixiar en vuestros propios excrementos ; holgazanes, melindrosos y cobardes.

*El Valor*. — Idos de ahí, mala pécora.

*Turbulentus (dirigiéndose á sus compatriotas)*. — ¡ A ellos, amigos míos, á ellos ! ¡ Hagamos un zafarrancho !

*El Valor*. — ¡ *Cerebrales á defenderse* ! ¡ Hagamos una de San Bartolomé !

*Gritos, chillidos, ayes, coscorrones, tropiezos, puñetazos, mordiscos, salivazos, bramidos, alaridos, saltos, caídas y brincos*. El ilustre Presidente tira de la cuerda de la campanilla y toma una de las bridas de la glándula pineal, con la cual arranca de cuajo el tubérculo mamilar y uno de los pilares de la bóveda. El ventrículo medio amenaza ruina, y aparece fuertemente cuarteado y agrietado el techo del ventrículo lateral. Visto el gran peligro que todos corren, el Presidente, con voz de trueno, exclama :

— ¡ Orden, señores, orden !

*Vibración de voz humana, tan inusitada en Cerebrópolis, causa el efecto que produciría un cañón del Dándalo disparado dentro de una casa medio arruinada*. El cráneo estalla como una granada ; la bóveda se hace añicos y los cascos saltan á gran distancia ; las arterias, las venas y los senos de la duramadre se han roto, y de ella brotan torrentes de sangre, que se mezclan con la que mana de las heridas de los combatientes. No queda más que un montón de

*ruinas. Por fortuna, el ilustre Presidente ha escapado con vida; sólo ha perdido el ojo derecho, de resultas de haberle saltado en la córnea transparente la punta de una de las orejas del murciélago. Sobre el Presidente, que ya ha dejado de ser ilustre, pues ha dejado de ser Presidente, se cierne una sombra vaporosa, de admirable blancura; parece un vapor de cloruro amoniacal, en figura humana: es el Alma que abandona su inmundada jaula.*

NOTA. — Ya restablecido de su queratitis traumática, el *Dr. Dromos*, escribió un EPÍLOGO al curiosísimo *Viaje*, que tan trágicamente había terminado. — A continuación publicamos este importante documento :

#### EPÍLOGO DEL DR. DROMOS

Esos, Fabio, ¡ ay dolor ! que ves agora,  
Campos de soledad, mustios collados.  
Fueron un tiempo Itálica famosa.

#### DE COMO EL DR. DROMOS PUDO PROFETIZAR EN PRETÉRITO

*No fué nada lo del ojo:* desde el punto en que, ante un espejo y con el auxilio del globo sano, me extraje la *apófisis enciforme* que se me había enclavado en la córnea, hubo un poco de *hiperemia querática* (aquella que ha dado tanto que cavilar á los que piensan que esto es imposible sin vasos preexistentes), hubo también algún exudado plástico, que produjo una *nubécula*; pero, al fin, hoy, gracias á unos polvículos de calomelanos al vapor, que me excitaron el lagrimeo, hállome con la vista tan transparente como vidrio de reloj.

Así, pues, no se hable ya más de mí, que harto modesto soy, y déjenme transcribir las notas que tomé en mi memoria en las tres horas mortales que permanecí abismado entre las *ruinas de mi convento*, digo, de mi cerebro, y, por decir mejor aún, del *cerebro del otro*.

El caso lo había sido de *apoplejia fulminante*, con circunstancias agravantes é inusitadas de dislaceración de las membranas y estallido de la bóveda craneana. Las vibraciones de mis cuerdas vocales hicieron efecto de dinamita. No se necesitaba tanto, porque, ahora que la cosa ha pasado, diré, que no sucedió nada que yo no hubiese previsto, desde que en el tiempo que permanecí en *Cerebrópolis*, tuve ocasión de notar los importantes desperfectos que se habían producido en varias partes y especialmente en los aparatos hidráulicos de la urbe.

Ya sé que dirán que adivino lo que ha sucedido, y que esta es una manera muy cómoda de no equivocarse; pero á mí me importa un comino de lo que digan: harto favor les haré á los sabios si les cuento lo que por mis propios ojos he visto. Si me lo quieren agradecer, que me lo agradezcan; yo habré cumplido un deber de conciencia derramando alguna luz sobre lo que los médicos llaman *Anatomía patológica*. Quizás, á tenor de estas indicaciones, podrá cada *quisque* administrar de tal manera su encéfalo, que no le sobre-

vengan catástrofes tan lamentables é inesperadas cual la que le avino al del individuo á que me refiero, y que de gloria goce.

Lo cierto es que ninguno de los activos moradores de la urbe cerebral, tenía la menor noticia del estado ruinoso en que, probablemente desde mucho tiempo, se hallaban los edificios, ni menos de los peligros que corría la población, por los desgastes, atascamientos, desigualdades de superficie y aun filtraciones de las cañerías. Si tal hubiesen conocido, no habrían tenido humor para celebrar Congresos, ni armar zambras los de *Cerebrópolis* con los vecinos del *Cerebello*. Si el propietario de este encéfalo hubiese tenido noticia de lo que en su cráneo se preparaba, se habría á buen seguro precavido, comiendo menos, andando más y quizá aplicándose algunas sanguijuelas en el lejano término de las vías intestinales.

Fácilmente se conoce que la policía urbana no está bien organizada en *Cerebrópolis*; á lo menos yo no he conocido ningún arquitecto fontanero que velase por la libre circulación de los fluidos; ni ingeniero de caminos que atendiese á la conservación de las grandes vías urbanas; ni director de comunicaciones á quien estuviesen confiadas las redes telegráficas; ni municipales, ni polizontes encargados del orden y de la seguridad pública. Los desperfectos que allí ocurren, ó bien se corrigen por sí mismos, gracias al admirable sistema económico que rige, ó conducen fatalmente á la ruina del edificio, á la cual suele subseguir la de todo un barrio y aun no es raro la de toda la ciudad.

Mis observaciones se fijaron principalmente, á saber: 1.º, perturbaciones de las vías hidráulicas, á saber: los canales, conductos, cloacas y senos, ó sea lo que se llama el *sistema vascular encefálico*; 2.º, alteraciones de las vías de comunicación, ó sean los *sistemas de fibras blancas*; 3.º, las de las celdillas ó *células de substancia gris*, y 4.º, las de la materia que une entre sí todos estos elementos, y á la que los sabios dan el nombre de *neuroglia*.

#### ¡¡ UN ATEROMA !! ANEURISMA DISECANTE, APOPLEGÍA EN PUERTA

Pues señor, en cierta ocasión y mientras más acalorado estaba el debate en el Congreso, oí cerca de mi presidencia gritos de terror, que pronto fueron sofocados por el ruido de los concurrentes. « ¡ Un ateroma! ¡ Un ateroma! », exclamaban á voz en cuello media docena de habitantes que se habían abstenido de concurrir al ventrículo, porque estaban sus celdas tan próximas, que sin moverse de casa podían participar de la función. Quise ver lo que tales gritos significaban, y noté que los interesados se apiñaban despavoridos alrededor de una ramificación procedente al gran canal sylviano y contemplaban unos núcleos duros y ternillosos, que al paso que disminuían en gran manera la capacidad de la cañería, impedían que ésta fuese tan elástica y contráctil como hubiera sido menester para el libre y activo curso de la sangre.

Al punto comprendí los poderosos motivos de la zozobra que embargaba el ánimo de aquellos atemorizados espectadores. Un *ateroma* en una arteria, es causa de que la sangre penetre difícilmente en las porciones del conducto situadas más allá del obstáculo; de donde que las celdillas que debían recibir su riego y nutrición de dicha arteria, se hallen próximamente amenazadas de perecer de inedia, á no venirles subsistencias por otro conducto, cosa

que raras veces sucede en *Cerebrópolis*, á causa de la especialísima distribución de los canales de riego, los cuales, en sus ramificaciones de menor calibre (que son precisamente las que más inmediatamente contribuyen á la nutrición), carecen de anastómosis ó tienen poquísimas comunicaciones.

Sin duda á consecuencia del *ateroma*, algunas celdillas, que ya ni fuerzas tenían para gritar, aparecían pálidas, amarillentas coarrugadas y repletas de una materia aceitosa, fosforada y muy distinta de la substancia granulosa de que se hallaban repletas todas las demás moradas en donde no se sentía la miseria.

Aun comprendí que un peligro mucho mayor amagaba á la urbe cerebral, de resultas del *ateroma*: la *inundación* ó el *derrame*. Perdida la elasticidad de una arteria, al impulso del corazón, la sangre, chocando en las paredes del vaso, que no puede rehacerse contra esos repetidos embates, había de producir la ruptura del conducto, y en tal caso, el líquido, escapando por la abertura vendría á formar lagos y lagunas que, comprimiendo las débiles paredes de las celdillas, las harían completamente inhabitables, cesando, por consiguiente, de efectuarse la industria que les está asignada. La horrenda catástrofe que puso fin al Congreso ventricular, prueba que mis temores eran sobrado fundados.

Sospecho que no fué esta la primera vez que en el *cerebro* á que me refiero ocurrieron percances parecidos, aun cuando no tan funestos: dígoles, porque junto al núcleo *intra-ventricular del cuerpo estriado*, observé una mancha amarillenta y un hoito bastante pronunciado. Yo creo que ambas cosas eran resultado de un pequeño derrame (un *foco apoplético*), que, si bien fué causa de perturbación del funcionamiento de la sensibilidad y de los movimientos del lado opuesto del cuerpo del individuo, hubo después reabsorción de sangre y todo volvió á su anterior estado, sin más vestigios que los mentados hoyo y mancha.

Seguro estoy de que el *ateroma* de que voy hablando, ejercía influencia nada favorable en las cañerías que se originaban en un punto anterior al del obstáculo; no pudiendo pasar ampliamente la sangre por la arteria aterosomatosa, forzosamente tenía que acudir en mayor cantidad á las colaterales, dilatándolas en sus ramitos más tenues, que son precisamente los más dilatables, y constituyendo una *hiperemia colateral*. De este modo resultaba reparto poco equitativo del líquido alimenticio; pues, mientras la miseria devoraba las celdillas situadas por delante del *ateroma*, recibían exceso de nutrimento aquellas cuyo riesgo precedía de ramificaciones precedentes. ¿Hubiera sido de admirar, en tal estado de cosas, que mientras unas celdillas perecían en la parálisis, en la atrofia ó en la degeneración grasienta, otras, las excesivamente nutridas por la hiperemia colateral, manifestasen su excesiva actividad por hiperestésias, convulsiones ó delirios?

¿No habéis oído hablar del *aneurisma disecante*? Pues en el cerebro de mi cuento tuve ocasión de observar uno, que á buen seguro habría llegado á mal término, á no sobrevenir inopinadamente la hecatombe del Congreso. Había en un punto de la *arteria del cuerpo calloso* una resquebrajadora lineal, que no alcanzaba á todo el espesor del vaso, sino que se limitaba á las túnicas interna y media, quedando íntegra la externa, ó, por mejor decir, la *adventicia*. La sangre goteaba por la rendija, é insinuándose entre la *adventicia* y las membranas propias de la arteria, formaba una bolsita, repleta de

coágulos, en directa comunicación con la arteria, por la cual se la veía latir al compás de ella. El día en que se hubiese roto la bolsita aneurismática (y este día debía estar próximo en el cerebro en cuestión), no habría faltado hemorragia cerebral, la cual hubiera podido ser tan súbita, vasta y copiosa, que hubiera merecido el nombre de *apoplegia fulminante*.

Para que ni por un momento podáis dudar de la sagacidad de este ex-presidente del Congreso cerebral, os manifestaré que aun induzco otro efecto necesario del *ateroma arterial* (vosotros diréis si los anatómicos están ó no conformes con mis cálculos). Yo considero que, habiendo aumentado el calibre de las arterias que preceden al sitio del obstáculo, estas mismas arterias comprimirían las celdillas que les están próximas, así como á los vasitos más débiles de sus inmediaciones; de resultas de esto, las celdillas quedarían angostas, deformes é ineptas para toda industria; al paso que los vasitos aplastados no dejarían que por ellos pasase la cantidad ordinaria de sangre arterial, y de ahí también otra región de celdillas pobres, encanijadas, muertas.

Ya lo véis, por un simple *ateroma* se altera en *Cerebrópolis* la equitativa y armónica distribución de vituallas, con grave perjuicio de toda la población y de todas las industrias, con próximo peligro de la vida del individuo.

#### ¡ LA CHIFLADURA !

Durante mi estancia en el ventrículo, hice varias observaciones relativas al aspecto exterior y semblante de las celdillas. Las había pálidas, macilentas, cloróticas, que en nada se ocupaban ó que tan sólo fabricaban ideas y sentimientos de colores oscuros. De ellas se decía que estaban opiladas, melancólicas y mal humoradas. Otras, en cambio, ostentaban el vientre henchido de protoplasma y tenían un brillo luminoso y un aspecto de salud que daba gozo mirarlas. Todo lo más alegre, festivo y de mayor provecho, era elaborado en estas lozanas celdillas.

Mas no se crea que la clorosis ni la lozanía fuesen duraderas en los moradores de *Cerebrópolis*; todo lo contrario: no hay cosa más mudable que su naturaleza. Bastaba una sensación, un recuerdo, una idea ó una impresión visceral, para animar á las más abatidas y para amilanar á las más exaltadas.

No tardé en conocer que la causa de tales vaivenes de abatimiento y exaltación consistía principalmente en la sangre. Las celdillas que recibían poco riego, se volvían pálidas, macilentas y meditabundas; parecían empleados cesantes ó de reemplazo. Si aumentaba la ración de humor nutritivo (que es como decir el sueldo), entraban nuevamente en calor y se alegraban.

En un principio, cada vez que veía palidecer y desmayarse, hasta el síncope, una celdilla, temía por su existencia, por más que me daba confianza el ver que conservaba el núcleo y que no le invadía la grasa; esto, no obstante, expresé mis temores y recelos á mi ilustrada Secretaria, quien, con la discreción que tanto la distinguía (derramemos ¡ oh, lector!, una lágrima á la imperecedera memoria de la amable *Fosforita*), me dijo:

«Nuestra salud depende principalmente de ese equilibrio móvil, de ese continuo balanceo de nuestra impresionabilidad. Por esto somos *nerviosas*.